

CAPÍTULO III

EL GENIO DE LA CASCADA

La pequeña piragua en que iban el negro y el Indio, continuaba su descenso silencioso por la corriente del río, el primero felicitándose de haber escapado de las garras de los tigres; el segundo, absorto en los pensamientos á los cuales la infructuosa cacería diera momentánea tregua.

Un resto de temor se mezclaba sin embargo en la satisfacción de Clara. Los jaguares habían huído ciertamente; ¿pero por qué lado? Fué el primero que rompió el silencio para dirigir esta pregunta á Costal.

— Ud. quiere saber qué dirección tomaron — respondió el Indio: — un sencillísimo razonamiento se lo dirá. Un búfalo muerto no se encuentra todos los días; y no es sino con sentimiento, esté Ud. cierto de ello, que el tigre soltó su presa; sabe por instinto hacia qué lado arrastra el río aquel cadáver é irá á esperarlo aguas abajo, al pie de la cascada cuyo rumor se oye desde aquí. »

El imponente murmurio de las aguas, ya percibido por Clara, se hacía en efecto más distinto, á medida que la piragua avanzaba en su camino.

— No digo desde luego — continuó el Indio — que la cascada se lo devuelva entero: he visto los troncos de

los árboles hechos pedazos rodando de arriba abajo.

Esta perentoria respuesta, no aclaraba sino á medias las dudas de Clara; sin embargo, como la piragua llegaba á tierra en aquel momento mismo, guardó silencio.

Los dos compañeros saltaron; y en pocos momentos amarraron la piragua en las raíces del sauce de que fuera antes desatada.

— Así pues — siguió el negro — Ud. cree que los jaguares...

— Estoy casi seguro de lo que digo; y tal vez no se pasará una media hora sin que Ud. oiga de nuevo sus voces en el fondo del barranco en donde tendremos que hacer en seguida.

— ¿Y no teme Ud. que busquen el desquite?

— Me importa un ardite; pero ya hemos pensado demasiado en esos animales: por fortuna que sólo el tiempo se ha perdido. Ya le había dicho que todo un día no es bastante para darles caza, á menos que una casualidad abreviase la faena: Ud. no lo ha querido. Ahora, pensemos en nosotros, Clara. Ya la luna nueva se va á levantar: permítame invocar á Tlaloc, el dios de las aguas, para que envíe las riquezas á los hijos de los caciques de Tehuantepec.

Y al decir estas palabras, el Indio se alejó algunos pasos de Clara.

— ¡No se vaya muy lejos! — gritó éste pensando en los temibles vecinos que vagaban por allí.

— Le dejo mi carabina.

— ¡Bonito préstamo, caramba! — un tiro para cuatro tigres, murmuró el negro.

El Zapoteca avanzó lentamente hacia la orilla del río, subió sobre el tronco de un sauce que se inclinaba sobre las aguas; y de pie, los brazos extendidos hacia adelante, comenzó á cantar con extraña melodía una especie de invocación india cuyas palabras llegaban hasta el negro sin que pudiese comprender su significación.

Clara escuchaba con espanto de otra naturaleza la invocación á los dioses del paganismo zapoteca; y su miedo

se redobló cuando un rugido apenas perceptible, se dejó oír á lo lejos, cual si la voz de Satanás respondiese á su adorador. Se oyó, como había dicho el Indio, en dirección de la cascada. En medio de las sombras que la noche principiaba á extender, la coincidencia de las salvajes plegarias del pagano y de los lúgubres rugidos del tigre que parecían ser el acompañamiento infernal, debía ser, en realidad, espantosa para un hombre de la ignorante y supersticiosa raza de Clara. Creyó ver lucir ojos de fuego delante de él entre el monte salvaje; le pareció que la sombra indecisa de la Sirena de los cabellos torcidos se levantaba lentamente de la superficie de las aguas y voces misteriosas le pareció que se unían al lejano rumor de la cascada.

Un doble temblor cruzó por su piel negra desde los pies hasta la raíz de su cabello crespo.

— ¿Está Ud. listo? — dijo Costal reuniéndosele.

— ¿A qué?

— A acompañarme hasta el salto de agua y á invocar como le diré luego á la divinidad que se dejará ver.

— ¿Allá abajo, en la cascada donde los tigres están bramando? — dijo el negro asustado.

— El oro se consigue á este precio, replicó Costal.

— ¡Vamos! — exclamó el negro después de un momento de silencio; soy desde ahora, servidor del genio de los placeres de oro.

El Indio recogió su carabina y su sombrero; y Clara envolviéndose en la pieza de indiana hasta que le servía de manto, se puso tras los pasos de Costal, estrechándose á él y dividido entre el temor y la avaricia.

Ambos comenzaron á seguir el curso del río, en dirección al lugar en que tronaba la cascada.

A medida que avanzaban, las riberas se hacían más escarpadas y estrechas y los árboles de las orillas entrelazaban sus copas formando bóveda espesa y sombría. Las aguas, presas en su estrecho cauce erizado de rocas y cuyo desnivel se hacía más y más rápido, borbotaban en la superficie. De repente, el lecho falta; y el torrente

se precipita en catarata de ciento cincuenta pies de altura hasta el fondo del barranco profundo con tan terrible estrépito, que á su lado el ruido del Océano en furor que rompe sobre nuestras costas bravas las rocas de la orilla, no parece sino débil rumor.

Blanca y terrible como una avalancha, la catarata se despeñaba desde un arco de bóveda formado por las copas entrelazadas de dos *ahuehuetes* (1).

Sus ramas negras y flexibles, los enormes copos de *musgo español* que la brisa balanceaba en sus extremidades, las lianas suspendidas que á ellas se arrollaban en festones, rozaban de cuando en cuando la espumosa curva que describía la cascada. Entre una nube de vapor esos dos grandes árboles de barbas grises y flotantes, parecían los genios envejecidos en la guarda de las aguas.

Allí hicieron alto los dos compañeros. Aunque el último rugido del jaguar se oyó más ó menos de ese lado, el negro parecía más tranquilo que algunos momentos antes. El miedo á las bestias feroces y á los espíritus del otro mundo, se había evaporado frente á la avaricia.

— Ahora — dijo Costal — escuche con atención las instrucciones que voy á darle; pero ante todo, acuérdesse bien de que; si la Sirena de los cabellos torcidos se le aparece, si á su presencia Ud. siente un terror verdadero sucederse al estremecimiento que el hombre más bravo experimenta en presencia de un genio que se hace visible, estará Ud. perdido.

— ¡Bueno! — replicó el negro — el conocimiento de una mina de oro, vale bien la pena de hacerse torcer el pescuezo: hable que yo escucho.

Y al decir estas palabras, estaba el negro, al menos en apariencia, tan firme como el mismo Costal. El Indio y él se sentaron sobre uno de los bordes del hondo barranco á cuya sima el río recobra su apacible curso en medio de árboles frondosos y casi impenetrables á los rayos del sol.

(1) En indio, *ahuehuate* significa señor de las aguas.

Sin embargo, si ambos buscadores de aventuras no hubiesen estado tan absortos en su conversación, habrían visto lo que pasaba en el fondo del barranco, no obstante la tupida vegetación de árboles y lianas que lo cubrían y extendían la obscuridad. Casi á sus pies acababa de sentarse un hombre, en el lugar en que las aguas del río, no ha mucho tan furiosas, tranquilas ahora, acariciaban muellemente los largos tallos de las plantas acuáticas que bordaban la ribera y cuyas hojas largas y brillantes, se desenvolvían en forma de parasoles. Este hombre que parecía contemplar con curiosidad el espectáculo imponente de la cascada, no era otro que el capitán de los dragones de la reina que conocemos ya y á quien una singular casualidad parecía haber conducido hacia aquel lugar salvaje.

En consideración al papel que representa en este relato el oficial, debemos decir dos palabras, mientras Costal da sus instrucciones á Clara, acerca de cómo había llegado cerca de los dos compañeros.

Cuando el capitán de los dragones de la reina don Rafael Tres Villas, se separó del cándido estudiante de Teología que por un momento le tomara por devorador de carne humana, un Lestrigón, como le llamaba en el recuerdo clásico de su Odisea, no perdió el tiempo en buscar la explicación á las rarezas que había encontrado á lo largo del camino. Se lanzó rápidamente en su caballo á quien el instinto advertía la proximidad de la caballeriza y que respondió á la prisa del caballero.

Por desgracia, el oficial, aunque criollo, no había visto nunca esta parte del país inmenso que le vió nacer; y llegado á un punto en que el camino que seguía se bifurcaba en dos, aunque más ó menos en la misma dirección, vaciló sobre cuál de los dos debería de tomar.

La misma soledad reinaba á su alrededor; nadie había para sacarle de su incertidumbre; y falto de todo informe, optó por abandonarse al que escogiera su caballo.

Sin duda el animal tenía más sed que hambre; y después de haber olfateado el aire, sus narices aspiraron las

frescas emanaciones de un río lejano. Abandonadas las riendas al cuello, escogió el camino de la derecha.

Esta elección fué feliz para el estudiante que se había quedado en su hamaca, como pronto se verá; pero extravió al oficial.

En efecto: el camino de la izquierda le habría conducido á doblar una de las curvas del río, sin verse en la necesidad de atravesarlo, y habría seguido por el camino recto de la hacienda de « Las Palmas » á donde por más de un motivo, tenía prisa grande por llegar.

Después de algunos instantes, el ruido sordo de una caída de agua llegó á sus oídos; y al cabo de media hora de trote tan rápido como un corto galope de caza, el camino quedó bruscamente interrumpido delante inextricable arboleda, tras la cual rugía el agua con el estrépito de un trueno.

Ya el lector conoce este lugar; pero el viajero se hallaba completamente desorientado; y aunque algunos minutos de marcha le separasen apenas del lugar casi vadeable del río en que Costal mostrase á Clara las huellas de una familia de jaguares, tal era el espesor del bosque en las dos orillas, que no supuso que tan cerca se hallase el río.

Para vencer esta dificultad, de la que le era necesario salir, el oficial echó pie á tierra, amarró al caballo de la brida y ganó la cresta del torrente no sin pena.

No supo desde luego el viajero por qué lado abordar ese tenebroso laberinto, cuyo suelo tapizaba un espeso colchón de detritus amontonado durante largos años por la caída de las hojas y en el cual se hundía casi hasta las rodillas. Cansado de los inútiles esfuerzos que hacía por avanzar, iba ya á volver sobre sus pasos, cuando distinguió una especie de vereda formada por las aguas de las lluvias ó quizás por las bestias feroces y á ella se deslizó con la esperanza de encontrar al fin algún paso para él y para su caballo.

La pendiente era rápida; pero el suelo estaba firme y el oficial comenzó á descenderla. Las lianas que serpen-

teaban de árbol en árbol, aseguraban sus pasos, como las cuerdas que sirven de pasamanos en ciertas escaleras; ó bien cayendo desde lo alto de los árboles, semejabán los cordajes de los mástiles de un navío. Al fin pudo llegar al fondo del torrente.

Allí, lo hemos dicho ya, las aguas impetuosas de la cascada, tomaban otra vez su curso tranquilo y apacible.

Por más precisado que estuviese el dragón, la vista de esta magnífica catarata, una de las más pintorescas é imponentes que se pueden hallar en América, le arrancó un grito de sorpresa y de admiración.

Sentóse sobre uno de los fragmentos de roca alrededor de los cuales las aguas murmuraban alegremente para contemplar un instante, más á sus anchas, la masa espumosa que se precipitaba delante de él; pero las espesas nubes de moscos sedientos de sangre, no tardaron en turbar su contemplación.

Iba ya á huir el oficial para evitarse sus dolorosas picaduras, cuando un espectáculo imprevisto cautivó su atención y le hizo quedarse en su lugar.

Entre las olas de vapor que lanzaba la cascada, no aparecían sino vagamente las copas de los dos ahuehetes que le hacían corona. Sobre el tronco inclinado de uno de ellos, creyó percibir algo como la máscara de bronce florentino de una figura india.

A esta aparición siguió casi inmediatamente una segunda: sobre la horquilla formada por dos gruesas ramas del otro cedro, un segundo rostro dejóse ver. Era negro como la noche.

Eran sin duda, un negro y un Indio que surgían de repente ante sus ojos.

¿Por qué singular casualidad se hallaban reunidos los tres principales tipos de la raza humana en aquellos lugares desiertos? Don Rafael se explicaba bien la presencia suya; pero imposible explicarse la de los otros.

Bien pronto aparecieron los cuerpos del Indio y del negro.

La audacia de estos dos hombres era espantosa. Ya

separados, ya juntos avanzaban por encima de la mugiente cascada, se suspendían de las ramas de los cedros y mojaban los pies en la espuma ó se inclinaban sobre el manto de agua con tal atrevimiento que causaba al oficial una especie de vértigo. Con la mirada fija en las furiosas aguas, aquellos dos extraños personajes no veían á don Rafael. Este creía que algo invisible debía atraer su vista; y de buen grado se habría imaginado que era alguna ninfa de las aguas cuya conquista intentaba el negro, á juzgar, al menos por la pretensiosa expresión de sus gestos y de su fisonomía. Su enorme boca, abriéndose hasta las orejas con grotesca coquetería, dejaba ver la doble hilera de sus dientes, cuya blancura contrastaba con el ébano de su rostro. Alargaba la cara negra cuanto podía sobre el manto de la cascada, cual si el objeto que quería coger, hubiese estado oculto bajo la espumosa bóveda.

Por su parte el Indio se entregaba, pero con más dignidad, á las mismas muecas y á las mismas actitudes que el negro, seguramente con un fin parecido. Con toda su alma habría querido el oficial ver la cascada en toda su grandeza, mas no veía sino la blanca masa de su espuma.

De repente el Zapoteca, suspendiéndose con una mano en el abismo, hizo señal á su compañero de cesar las contorsiones; y el negro entonces dejó ver su rostro inmóvil y serio.

El Indio extendió un brazo hacia adelante y principió una especie de solemne y mágica invocación acompañada de cantos perdidos entre el estrépito de las aguas. El oficial veía en efecto con toda claridad, por el juego de los músculos de la boca del Indio que cantaba á pleno pulmón.

Costaba mucho á la curiosidad de don Rafael interrumpir esta extraña escena; pero el deseo de saber al fin en dónde se hallaba y qué camino debía seguir, le decidió á gritar con todas sus fuerzas para llamar la atención de los dos hombres. Pero cualquiera que hubiese

sido la potencia de sus pulmones, el ruido ensordecedor de la cascada le impidió hacerse oír. Entonces resolvió llegar al punto en que el negro y el Indio se le aparecieron y regresó por el camino por el cual había llegado.

Don Rafael subió penosamente hasta el arco formado por los dos cedros encima de la catarata; pero ya los dos personajes habían desaparecido. Subió con mucho tiento sobre uno de los dos grandes árboles; y miró atentamente la cascada, esperando descubrir algo que justificase las maniobras del negro y del Indio. No distinguió sino lo que ya había visto: la sabana de espuma y largos hilos de agua que serpenteaban en las ranuras de la roca para ir á confundirse con la masa común.

Sin embargo, los lugares que el oficial acababa de dejar no eran desiertos á juzgar por una ondulación bien marcada en medio de la selva espesa del barranco. El follaje agitado en una línea tortuosa, demostraba que, como lo había hecho él, alguien se apoyaba en los troncos de los árboles para bajar, pero en el lado opuesto al que él había ocupado.

El sol bajaba sensiblemente; sus últimos reflejos acababan de extinguirse en el espumoso manto de la catarata; y á pesar del tinte crepuscular que súbitamente invadió el fondo del torrente, el dragón reconoció desde luego, en los dos hombres que salieron de repente de la espesura del bosque, al negro y á su compañero.

El aire de estos dos individuos era grave y aun solemne; el del negro sobre todo, no parecía exento de un secreto espanto.

— ¡Llévese el diablo á estos pillos que parecen huir cuando yo me acerco! — exclamó el oficial.

A un gesto de su compañero, el negro colocó sobre la plataforma de uno de los peñascos desmoronados sobre el lecho del río, un montón de ramas secas recogidas en una de las orillas y le pegaron fuego.

Bien pronto un brillante resplandor empurpuró el agua que corría alrededor de las peñas; y lanzó reflejos

rojizos de que se tiñó también la blanca espuma de la catarata.

Mientras el negro quedó inmóvil contemplando los fulgores de la hoguera que centelleaba sobre el agua, el zapoteca se quitó el sombrero de junco, desató las trenzas de su cabellera y se despojó de la especie de saya que cubría su pecho y sus hombros. Olas de cabellos negros como el ala del cuervo de que pretendía esperar la longevidad, se extendieron sobre su cuerpo musculoso y bronceado y velaron en parte su busto.

El oficial vió entonces por la primera vez, que el Indio soplaba en una concha marina cuyos sonidos roncós y bruscos imitaban los que el jaguar exhala cuando tiene hambre ó sed.

Cuando creyó haber despertado lo suficiente al espíritu de la catarata, cuya respuesta dijérase transmitida por la voz de los ecos que repetían esta lúgubre y estrepitosa armonía, el Indio colocóse su concha en bandomera y comenzó alrededor de la roca en que ardía la hoguera, una especie de danza salvaje, entre las aguas bajas del río que sus piernas golpeaban con fuerza.

La escena se hacía más extraña á medida que la obscuridad crepuscular se tornaba más densa. El Indio se agitaba frenéticamente, mientras que el negro estaba inmóvil como una estatua. Extrañas tintas reflejaban sobre ellos los resplandores de la hoguera. La catarata parecía lanzar olas de fuego. Era una escena salvaje é imponente al mismo tiempo.

— ¡Vive Dios! — se dijo el oficial: querría saber en honor de qué divinidad pagana se entregan á tales extravagancias estos dos salvajes; pero tengo más deseo de rogarles que me pongan en buen camino.

Entonces, para suplir la voz, amortiguada por el ruido de la catarata, don Rafael juntó varios puñados de piedrecillas que arrojó á los lados de los dos compañeros. El medio fué sin duda eficaz pues de repente el Indio barrió de un revés los sarmientos inflamados de la hoguera que súbitamente se extinguió entre el agua. Todo

se hizo obscuro en el fondo del torrente; el negro y el Indio (en los cuales se había reconocido á Costal y á Clara) desaparecieron entre las tinieblas en medio de las cuales rugía siempre la cascada.

CAPÍTULO IV

LA INUNDACIÓN

Mientras que los dos compañeros, el Indio y el negro, realizaban las extrañas ceremonias que someramente hemos descrito, tal como las veía el capitán de los dragones de la reina, la luna se levantaba radiosa como sucede siempre en estos hermosos climas.

Acababa de ver don Rafael por propia experiencia que un hombre ágil no podía emplear menos de un cuarto de hora en ascender, á través de la espesa vegetación que los obstruía, los flancos del barranco en el fondo del cual se sucedieron las extrañas escenas de que la casualidad le hiciera testigo. Había también notado que los dos actores que en aquéllas tomaron participación, se mantenían en la ribera opuesta á la que él ocupaba.

Aunque, gracias al descubrimiento del río, le fuese más fácil, atravesándole en algún lugar vadeable, ponerse más ó menos en su camino y que, en rigor, pudiera pasarse sin informes, no por eso trató menos de obtenerlos de aquellos dos personajes; resolvió, pues, aprovechar el tiempo que gastaban en remontar, para buscar su caballo, pasar á nado el río si era preciso y esperarlos cerca de la cascada donde él suponía que regresarían. La luna iluminaba espléndidamente el río y